

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**MADRE ISABEL DE JESÚS  
MÍSTICA AGUSTINA RECOLETA**

**S. MILLÁN – 2023**

## **ÍNDICE GENERAL**

### **INTRODUCCIÓN**

Sus primeros años.

Matrimonio.

Ángeles y demonios.

Entrada al convento.

Noviciado.

Algunas vivencias.

Los dos enemigos.

Más vivencias.

La Virgen inmaculada.

Hechos extraordinarios en su vida.

Actividades conventuales.

Su muerte.

### **CONCLUSIÓN**

### **PRINCIPALES FUENTES**

## INTRODUCCIÓN

El padre Francisco Ignacio del Castillo, en su libro *Vida de la Madre Isabel de Jesús* escribió en el Prólogo de la versión de 1675:

Llamó nuestro Dios a su sierva desde la primera edad para que le amase, que si por este amor había de llegar a ser tan grande, bien era se criase con este alimento, que es el que sabe a los hombres a la mayor grandeza. Los trabajos con que el Señor la dispuso, padeciendo necesidades, pérdida de la poca hacienda varias veces, con casamiento a disgusto veinte y cuatro años, por ser edad muy desigual, baldones de los propios, mofas de los extraños, por su mal empleo. Todo lo llevó con tanta igualdad de ánimo, que decía que no sabía qué eran trabajos, y parece que cuanto más lo ejercitaba, tenía ociosa la paciencia. Fuerte se mostró en deshacer los tropiezos que al natural flaco la oponían, y siguió pasto llano de virtud. De prudente dio muestras, pues apartó y venció todas las oposiciones que para tomar el estado religioso se levantaron. De sufrida merece nombre, pues toleró catorce años la oposición de un confesor, a quien Dios mandaba no ocultase nada de su conciencia y espíritu, persuadido que aquel que la movía no era bueno, y así nada le parecía bien, sino todo engaños del demonio. Trabajos todos, porque Dios la coronó con tan singulares favores, tomando diversas formas y apariencias para encenderla en su amor: Se le apareció Cristo, bien nuestro, muchas veces, fue regalada con visitas de María, Señora nuestra, de su Padre San Agustín, de San Juan Evangelista, de San Pedro de Alcántara y otros santos; revelaciones admirables, profecías y conocer los interiores, todas señales por las cuales colegimos el entrañable cariño con que Dios asistía a su sierva, la cual, asida siempre a la áncora segura del propio conocimiento, aún temblaba de comunicar a su confesor las grandes misericordias con que su esposo la favorecía. Y llegó a tanto su humildad, que conociéndose indigna (así lo refería muchas veces) de los favores de su Criador, que mandándole este Señor escribiese las misericordias que con ella usaba, temió con tal rendimiento el acierto en la ejecución de este mandato, que llegó a reprenderla este Señor, porque ocultaba los talentos que le había comunicado.

Tres veces (aunque no sabía leer ni escribir), luchando su humildad con la obediencia, y rindiéndose la voluntad a esto, escribió las misericordias que Dios nuestro Señor había obrado con ella. Fue el Padre Maestro Luis de Velliza, Religioso de la Compañía de Jesús, persona de muchas letras y virtud, que conoció toda Castilla la Vieja, al predicar Misiones a la Villa de Arenas, con el celo que tenía del aprovechamiento de las almas, y el Señor Don Juan Vélez y Valdivieso, a la sazón obispo de Ávila, quien le dio toda su autoridad para que examinase a la Madre Isabel de Jesús, y conocido su espíritu, le mandase aquello que le pareciese conveniente, que para eso le daba toda su autoridad. Él le mandó que obedeciese a su Prelado y confesores que le mandaban escribiese.

**Nota.-** A se refiere a su *Autobiografía*, escrita de mano de sor Inés del Santísimo Sacramento, porque ella no sabía leer ni escribir y solo se la dictó de palabra. Su *Autobiografía* la publicó el padre Francisco Ignacio del Castillo, agustino recoleto, el año 1672 y 1675. Nosotros pondremos el año de publicación seguido de la página. En caso de poner solo la página se refiere a la versión de 1672.

## SUS PRIMEROS AÑOS

Nos dice en su *Autobiografía*: Digo, para gloria y honra de su divina Majestad, que soy una pobre labradora, hija de padres católicos por la bondad y misericordia de Dios. Eran naturales del lugar de Navalcán, tierra del conde de Oropesa, provincia de Toledo.

Mi padre se llamaba Juan Sánchez Agustín, y mi madre María Jiménez. Tuvieron nueve hijos. Yo fui de los menores. Criéme al campo, guardando ovejas con mis hermanos. No me acuerdo en toda mi niñez hallarme en el lugar con otras niñas, como se acostumbra, a jugar unas con otras.

No me parece conociera otra cosa, sí el campo, en el que estuve hasta que me casaron, siendo de edad de catorce años, y andaba en quince cuando me pusieron en estado. Ya había muerto mi padre mucho tiempo hacía, y tanto que le conocí muy poco. Después que me hice grande oía decir que tenía mucha caridad con los pobres, pero a mi parecer que no llegaría a lo que conocí en mi madre, porque tenía muchísima. Sea Dios bendito, que se la dio.

Ella me crió con un temor santo, mandándonos que guardásemos los mandamientos de Dios nuestro Señor. También nos mandaba que, cuando llegasen a la puerta los pobres, que no los despidiésemos, que una rebanada de pan que tuviésemos, diésemos al pobre la media, creyendo que no nos había de faltar por lo que diésemos.

También nos decía que mirásemos, que venía Dios nuestro Señor en el pobre, que le reverenciásemos, que representaba su misma persona.

También nos mandaba mi madre que no echásemos maldiciones, ni juramentos, sino que trujésemos el dulcísimo nombre de Jesús en nuestras bocas, y que haría asiento en nuestra alma.

Mi madre era devotísima de la Madre de Dios y toda la cera que sacaba de unas colmenas que tenía, gastaba en alumbrarla. Me decía que como yo era

pastorcilla, que rezase el rosario y que fuera devota de la Señora, porque hacía muchas mercedes a las pastorcillas que lo eran <sup>1</sup>.

Mandaba, cuando éramos mayores, que no perdiésemos de oír misa todos los días que pudiéramos, aunque se dejasen de hacer las haciendas de la casa. Ella no perdiera una misa por mal tiempo que hiciera ni por achaques que padeciese, pudiéndose levantar, aunque fuese con mucho trabajo... Como mi madre me había puesto en aquella costumbre de que oyese misa cada día, sentí el haber de perderla, porque para haber de ir a las colmenas por cuanto estaban lejos, era necesario tomar la mañana.

Me repetía mi madre que me encomendase a la Virgen sobre todo cuando fuese tras el ganado en el monte, porque esta Señora tenía mucho amor a las pastoras, y se había aparecido a muchas, y a su santísimo Hijo también.

Tenían mis padres una casa en que encerraban el heno y paja para el sustento de sus ganados, haciéndoles servir también de hospicio para los pobres, que después de haberles refrigerado y calentado en su habitación les daba la del heno para descanso.

Me criaron desde pequeña a las inclemencias del cielo, porque apenas había amanecido, cuando me enviaban al ganado a veces descalza sobre la nieve y la escarcha, no porque mi madre quisiera pero le quedaron 8 hijos y a veces no podía, aunque quería; que solo uno quedaba puesto en estado, que éramos nueve. Dormí muchas noches en el campo, porque estaba el ganado muy lejos. Acuérdomme que traía muchas veces los deditos descabezados y corriendo sangre y las piernitas azotadas al agua viento venían del mismo modo. Mi madre me decía que lo ofreciese a nuestro Señor. Que siempre que tropezase dijera: *Sea por amor a Dios*. Yo lo hacía así y parecía que se me aliviaba el dolor y sentía un gozo grandísimo. A veces me metía donde había espinas para tener que ofrecer a Dios. En ese tiempo era bien pequeña. Trabajo fue en el que me vi cuando casándome a disgusto me sacaron de aquel paraíso de deleites que gozaba mi alma en aquel campo. Estando casada, hasta que entró de lleno la verdadera luz que todo lo allanó, se me hacía la carga pesada <sup>2</sup>.

Siendo seglar y pastora, tenía una sobrina de poca edad en este ejercicio. Guardábamos unos corderitos, apartados de las madres, alrededor del lugar. Maltrató un animal de cerda a uno de los corderitos, apartados de las madres, de modo que le quebró una pierna, y quedó sin poderse menear. Levantó el grito la criatura, temerosa de que su madre la había de reñir, viendo la res yo, la tía, que

---

<sup>1</sup> p. 12, versión 1675.

<sup>2</sup> A 1672, p. 93.

estaba cerca, salí a ver de qué lloraba, y viendo que lloraba por el suceso, la procuró callar, diciéndole que no llorase. La sobrina con simplicidad le dijo que sanase el corderito, porque no la riñese su madre. Le dije: “¿Cómo la tengo de sanar?”. Y con inocencia de criatura me dijo que la atase un trapito, y, por disimular, fue por él a casa, tomando el corderito en las manos, que además de tener la pierna quebrada, estaba estropeado. Le ató la pierna quebrada, ayudándome la sobrina, y soltándole luego anduvo con los demás sin cojear.

Sucedíome llevarme un cordero el lobo un día de una niebla espesísima, que no se parecía el sol. Estaba yo en medio de mis ovejas y por estar tan espesa la niebla, y por ser los lobos pardos, no le vi hasta que arremetió y cogió un cordero, y como vi que me le llevaba, comencé a llorar, dando voces a mi padre (que iba con mis hermanos a otro hato de ganado) oyóme y vino al punto: yo estaba llena de temor, porque en lugar de huir el lobo, se puso a mirarme con el cordero atravesado a medio en la boca, y estaba tan cerca de mí que me causó grandísimo miedo, luego se fue paso a paso. Como vino mi padre, contéselo todo. Él procuró quitarme el temor, que le dio más pena el verme espantada que de que se llevase el cordero el lobo. Era tan chiquita que no me acuerdo verle (a su padre) si no es entonces y en otras dos o tres ocasiones, porque me faltó tan presto que apenas le conocí. Yo tenía ganas de haber declarado lo que me pasó con este lobo, y al tiempo que manifesté los muchos temores que los tenía <sup>3</sup>.

Me vestían como un pastorcillo de la época, con una zamarra y pellicas de piel de cordero, con los atributos tradicionales del pastor: zurrón y cayado.

Como me dio tan buena madre, inclinóme a tener caridad con los pobres, porque me lo mandó y hacía ella lo que me aconsejaba. Quisiera yo desentrañarme para dárselo a los pobres, y esto se me imprimió desde niña, como lo mamé de mi madre. Acuérdomme que siendo pastorcilla dejaba la merienda, y la traía en mi zurrón para darla a unas pobres que vivían cerca de casa de mis padres. También hacía unos haces de leña y se los traía.

Después de casada, me sucedió lo mismo con una viuda que yo había conocido con muchos bienes y después estaba pobrísima. Dábales cuando podía y sucedía que como pedía poco hasta me quitaba la saya de encima para darla.

Estuve en el campo, llevando esta vida sosegada y tranquila desde los 6 ó años hasta los catorce para cumplir los quince, es decir, el periodo comprendido entre 1590 ó 1591 y septiembre de 1599.

---

<sup>3</sup> A 1675, p. 265.

Nos dice: “Cuando era pastora, miraba cómo rumiaban las ovejas. Me estaba embebida en las mañanas mirando como rumiaban, que andan de día recibiendo el pasto para su sustento con mucho cuidado, que no se detienen a rumiarlo entonces, sino después, con mucho espacio. Yo conocí que era así verdad, que las veía yo estar echadas y rumiando, trayendo un bocado y enviando otro que era solo para alabar a Dios el verlas”<sup>4</sup>.

## **MATRIMONIO**

Mi madre casóme a mi disgusto, metiéndola en ella un yerno suyo. Y el no ser a mi gusto fue la causa el ser con quien me casaron hombre que me llevaba muchos años. Digo esto porque no se entienda que era virtud el no quererme casar, sino por la desigualdad del tiempo. Como digo, rehusélo mucho, pero aquel mi cuñado, permitiéndolo así el Señor, lo vino a hacer a disgusto mío, y tanto que viví en gran tormento. Yo quisiera saber a darme a entender: digo cómo me había criado en el campo, y me trajeron a poblado, y me vistieron ya como mujer, y el mundo me llevó tras sí, tomando por medio a mis mismos parientes, que me decían, dándome muchas quejas de mi madre, qué mal me había empleado.

Con mi poca edad pasé muchísimos trabajos. Hízome muchísimo mal el casarme a disgusto. Creo que tenían razón mis parientes y todos los demás pareciéndome que mejor estaría con otro de mi edad. Sin mirar las muchas virtudes que tenía mi buen compañero, me dejé llevar de las lisonjas del mundo<sup>5</sup>. Yo hacía grandísima fuerza a disimular mi disgusto, procurando mostrarle a mi marido gusto y amor. A esto ponía muchas diligencias procurando vencerme, porque sentía un vacío en el alma grandísimo y parecíame que me procedía de que no le tenía amor. Aquí llegaron mis trabajos y peleas, pareciéndome que estaba en pecado mortal. Ayudábame a creerlo el ver qué desveladas andaban mis vecinas tras sus maridos y procuraba yo hacer lo mismo, pero no me satisfacía nada<sup>6</sup>.

Estuve en este tormento veinte años, o cerca de ellos, hasta que mi querido san José, permitiéndolo así el Señor, me hizo merced de darme tanto alivio, que cuando veía a mi marido, se me representaba el Patriarca, y con ello le cobré mucho amor, porque era muy devota de san José.

---

<sup>4</sup> A 1675, p. 65.

<sup>5</sup> 1675, p. 13.

<sup>6</sup> 1675, p. 17.

Esta devoción a san José la mamé en los pechos de mi madre, que era muy devota de este glorioso santo y me decía muchas veces que, siendo la Madre de Dios niña, la desposaron con él, siendo de madura edad <sup>7</sup>.

Un día tuve noticia de que había un tesoro en cierta parte. Vino a mi lugar un niño que decía que era zahorí y que había mostrado a su padre un tesoro con que había quedado rico. Llevámosle al sitio y nos dijo que estaba allí y nos dio las señas que habíamos de topar hasta hallarle. Cavó mi marido y un hermano mío. Estándoles yo alumbrando, hallamos todas las señas que nos dio el niño y no topamos otra cosa. Harto me pesa el tiempo que perdí allí <sup>8</sup>.

Trabajo padecí con un panadera que la ayudé 3 años a amasar. Amasábamos de ordinario 2 fanegas y algunos días 3. Y la obligada a cerner era yo. Era el cansancio muy grande, pero más me cansaba a veces el oír la y de cada cosita como estaba desasosegada tomaba inquietud. Tenía ruin costumbre de maldecir y en viéndose inquieta usaba de ella <sup>9</sup>. Tuve también por trabajo el quitarme Dios los 3 hijos, que los quería mucho. Cuando se enfermaban, daba mi pecho a hijos ajenos y a los perritos. Los 3 murieron. Lo más que llegué a sentir fue perder el último que comenzaba a hablar. Le hicieron una cura tan cruel que basta decir que le costó la vida. Solo me quedó el alivio de acordarme que había sido por no haber yo querido ofender a mi Dios con el que se la hizo que quiso mi desgracia se aficionase de mí <sup>10</sup>. El médico lo mató por no aceptar ella su deseo impuro.

Estando en casa me recogía, estando mi puerta cerrada. Un día estaba tomando disciplina y estaba llorando. Me dijeron: *Mira que viene tu marido*. Al punto dejé todo y me fui a la puerta y le abrí. Apenas me sequé las lágrimas y me sosegué, llegó mi marido. Cuando me pasó esto estaba recién casada. Tendría 16 años <sup>11</sup>. El Señor comenzó a hacerle mercedes desde entonces.

Ayunaba a pan y agua los días que podía, que como iba a trabajar, no podía continuar siempre, Dormía en el suelo cuando no estaba mi marido. Traía cilicios algunos días. También usaba cadenillas. Y lo que más gusto me daba eran las lágrimas y estar despierta toda la noche. Un día estaba tomando disciplinas con aspereza y mi divino maestro me dijo: *Mira que has menester el cuerpo para que te ayude el alma* <sup>12</sup>.

---

<sup>7</sup> A 1672, p. 12.

<sup>8</sup> A 1672, p. 94.

<sup>9</sup> p. 95.

<sup>10</sup> Ib. pp. 95-96.

<sup>11</sup> Ib. p. 97.

<sup>12</sup> p. 98.

El demonio me hacía grandísima guerra, aconsejándome que no hiciese limosna. Una vez tomó a mi cuñado con celo de la honra como yo era hermana de su mujer. Aconsejó a mi marido que mirase por su casa, y que donde se juntaba corrillo de hombres, se trataba de que era muy hermosa y con mis pocos años haber venido de repente de mi ganado, me miraban como a cosa nueva. Le dijo tantas cosas a mi marido que le obligó a que me celase. Muchas noches estuvo al sereno metido en un huerto que teníamos en un corral, llevando malas noches sin dormir. Como era pastor, dejaba el ganado encerrado y venía a guardar su casa. Y Dios fue servido de guardarme a mí, porque por muchas noches que vino, no topó nada que le desasosegase y después contó lo que le había pasado con mi cuñado y que estaba tan indignado contra mí que, si topaba alguna cosa que le ofendiera, había de quitar la vida y no lo había de perdonar, aunque me quería tanto <sup>13</sup>.

Se enfermó mi marido que estuvo 6 años en cama. Su enfermedad era muy prolija, podría la ropa por no se poder levantar sobre sí y, como yo tenía pocos años, tenía corto sufrimiento y todo procedía de mi poca caridad. Permitió Dios que se me murió un atajo de ganado y parte de ello se vendió por su larga enfermedad. También se sirvió el Señor de quitarnos tres hijos, que eran todos tres varones. Entonces lo tenía todo por castigo. Pero he conocido con su divina luz que la carga del matrimonio, el quitarme los hijos y la hacienda fue toda misericordia suya.

Sanando él de aquella enfermedad, volvimos a juntar otro atajito de ganado. Dieron tantos lobos en ello, permitiéndolo así el Señor que quedamos tan pobres que, si no lo ganábamos, no lo teníamos y ordenó que no me faltase trabajo, porque puso mucho amor a mis vecinos conmigo y me dio buena salud y buenas fuerzas y así sustentaba a mi marido y a mí. Estuvimos casados 24 ó 25 años y como me veían pobre, se atrevían a mí personas que tenían, convidándome con sus riquezas y que me sacarían de mi miseria, si quería condescender con su gusto. Me vi en muchos lances muy trabajosos.

A mi madre le dio una grande enfermedad y quiso venirse conmigo y Dios me favoreció, porque nadie se me atrevía después que Dios me hizo merced que mi madre entró en mi casa, sustentándola con mi sudor <sup>14</sup>.

En este tiempo estaba mi marido mejor y había ido a servir a un amo a Oropesa. Como era viejo y estaba impedido, le daba poco salario. Pasados tres años, me lo llevó Dios, dejándome en una grande soledad. Entonces a una

---

<sup>13</sup> A 1672, p. 84.

<sup>14</sup> A 1672, pp. 13-14.

hermana mía le faltó la salud, dándole flaqueza de cabeza, tanto que no la podía tener su marido en casa si no era amarrada y con cadena. Tuve que dejar mi casa para acudir a mi hermana que estaba furiosa y ni mis hermanas osaban acercarse a ella. Yo pasaba día y noche con ella y sabe Dios el peligro en que me vi con ella y en particular una vez que me echó las manos a la garganta y me apretó fuertemente, que pensé moría en sus manos. Era intolerable lo que pasaba con ella. Este trabajo duró desde febrero hasta el día de san Gregorio, que se la llevó nuestro Señor.

En este tiempo no iba dejando el mundo por cuanto yo, ayudada por gracia de Dios, le tenía dado el libelo de repudio (al mundo). Lloraba el tiempo perdido y deseaba hacer una confesión de todos mis pecados <sup>15</sup>.

Vino allí un gran predicador dominico, y predicó exhortando a los pecadores, diciendo que el que llorase sus pecados, pidiendo misericordia a Dios de ellos, de ninguna suerte se perdería... Imprimióse en mi corazón lo que el predicador dijo. Y con ello determiné hacer confesión general.

Parece que habló Dios nuestro Señor en aquel predicador, porque al punto se aquietó mi alma, y me hizo su divina Majestad grandes favores, apoderándose de mi alma pecadora. Luego que el Señor se apoderó de mi alma, la sosegó tanto, que me entraron unos fervorosos deseos de buscar al Niño Jesús, y no sabía a dónde le había de hallar. La confesión la había yo hecho para la Pascua de Navidad, deseosa de que naciese Dios en mi alma.

Meditando el día de la Epifanía en lo que hallaron los Reyes Magos, lloraba y pedía a Jesús que se me manifestase también a mí. Y entonces se me hizo ver al Niño Jesús, que traía una tunicela morada e iba con los pies desnudos, la garganta era más que de alabastro, el rostro bello y los cabellos rizados, rubios como el oro.

Hice una confesión general con mucho dolor de mis pecados y muchas lágrimas. Un día fui a confesar con el confesor ordinario para pedirle que me enseñase a hallar al Señor y él me dijo que guardara sus mandamientos. Otro día fui a pedirle lo mismo y él, molesto, me dijo que ya me lo había dicho y que lo demás me lo diría el Espíritu Santo. Me puse a llorar sin consuelo y el Niño Jesús pequeñito se me representó claramente en mi interior (era la primera vez, Navidad de 1617). Dice: *Me dejó enamorada y tan embebida en él que dejé de llorar*. En otra ocasión el Niño Jesús me dijo: *Ábreme, mira que vengo cansado y no hallo dónde descansar* <sup>16</sup>. Yo le respondí: *Señor, toda soy vuestra, ya sabéis*

---

<sup>15</sup> Ib. pp. 14-15.

<sup>16</sup> A 1672, p. 20.

*que me he entregado a Vos y que Vos sois mi alcalde y mi Señor y tenéis las llaves de mi fortaleza, que es mi voluntad. Otra vez le dije: Señor mío y Dios mío, ¿qué tengo que hacer siendo Vos el dueño de mi alma y de mi voluntad?*

Un día debía ir a blanquear a casa de mi hermana que me lo había pedido. Después de la misa estaba de rodillas y me quise levantar y no pude. Me parecía que tenía las rodillas pegadas a los ladrillos. Al verme así, le dije a mi querido maestro: *Señor, dame licencia para que me vaya, tengo que ir a blanquear a casa de mi hermana.* Me hizo merced que me pude ir a mi casa y en llegando, eché la aldaba a mi puerta, poniéndome delante de su divina Majestad y le dije: *Señor, yo deseo cumplir vuestra santa voluntad y, si hubiera una mujer que fuera por mí a casa de mi hermana, de un poco de tocino que tengo la pagara el jornal.* El Señor me dijo: *Sal a buscarla.* En la primera casa que llegué, me respondió que de buena gana iría. Fue esa mujer y le contó a mi hermana cómo estaba mala. Volví a cerrar mi puerta y me puse a orar. Estuve gran rato de rodillas a los pies de la imagen de su divina Majestad, el cual me trajo a la memoria que era hora de comer. Yo le dije: *Señor, no tengo qué llevar a la boca.* Él me dijo: *Yo te lo traeré* y fue así porque luego llegó una niña de mi hermana y llamó a la puerta y me trajo de comer. Hallaba tanto gusto en aquella comida que parecía ser cosa del cielo y estando dándole gracias, me dijo: *Pues más te tengo de traer.* Y luego volvió a llamar la niña y me trajo un pedazo de queso de oveja. A lo uno y a lo otro parecía que le había echado su Majestad la bendición según el sabor que tenía <sup>17</sup>.

Un día fui al lugar de Parrillas a oír al predicador y durante la predica: *Estaba fuera de mí porque el amor me había sacado de mí.* A la vuelta no podía ir a mi casa, estaba rendida, no podía echar pie. Acuérdomme que había ido mucha gente y todos me alcanzaban y me dejaban atrás y yo venía ocupada en el Señor y no me hablaba nadie palabra. A mitad del camino me senté. Llegué a mi casa después de la puesta del sol <sup>18</sup>.

Vinieron unos esquiladores forasteros a Navalcán a esquilar las ovejas. Uno de ellos se puso enfermo. Sus compañeros se reían como si hubiera sido por estar bebido. Dice ella: *Me pidió que lo encomendase al Señor, que se sentía muy mal.* Yo lo hice. Se me representó su alma en manos de los ángeles que lo subían al cielo. Sé que lo llevaron a su tierra y no supe más <sup>19</sup>.

En el tiempo que me gobernaba mi padre Cogolludo, me tenía ordenado que comulgase domingo y jueves y las fiestas entre semana, y lo hice sin faltar a

---

<sup>17</sup> Ib. p. 30.

<sup>18</sup> p. 34.

<sup>19</sup> Ib. p. 50.

lo mandado, sabe Dios en los trabajos que me vi, porque todo el vulgo se escandalizó tanto que levantaron contra mí y contra el cura, diciendo que le habían de acusar por Ávila, porque estando yo loca, no debía de darme él los sacramentos.

Acuérdome comunicarle claramente una merced que recibí del Señor: llamóme a la soledad su divina Majestad, yo la deseaba con todo mi corazón, mostróme tres monjas, tenían el hábito de mi padre san Agustín y, sin haber yo visto ninguna monja en mi vida, ni aun pintada, me aficioné tanto que no podía atender a otra cosa, porque me dio el Señor noticia que me había de ver con aquel hábito; yo lo tuve tan cierto, que me parecía que, sin tenerle, le poseía, y, llena de gozo, no cabía en mí, que toda esta fuerza traen las noticias de Dios. Le dije a mi confesor parte de mi gran dicha; él lo atribuyó a locura, y me respondió con aspereza que me confesase y lo dejase aquello.

Yendo a un convento a buscar confesor, me habló un religioso, diciéndome que desde hacía algunos años tenía deseos de darse a Dios y que en aquel convento no podía, porque tenía cierta inclinación a cierta persona que le servía de impedimento y quisiera apartarse de la ocasión y recogerse en una Orden estrecha. Me pidió que le dijera qué me parecía a mí. Yo le dije que cuando el Señor llama a un alma, estamos obligados a acudir a sus buenas inspiraciones. Él tomó lo que le dije y sin dar cuenta al Prelado, que estaba ausente de casa, se fue. Al llegar el Prelado preguntó por él. Se alborotó la comunidad y dijeron que una labradora (yo) había estado hablando con él. Querían enviar espías a una parte y otra para buscarle y él se volvió. Debió caer en la cuenta de cuán mal había hecho irse sin pedir licencia. A mí no me dijo que quería irse sin la bendición del Prelado. Antes que volviese el religioso a casa, un predicador fue a predicar a mi lugar. Tenía noticias de mí y el sermón, en vez de ser sobre el dulcísimo nombre de Jesús, lo trató diciendo todo lo que el Señor permitió. Dijo que yo tenía el espíritu de Satanás y muchísimas cosas contra mí. No me cabía el alma de gozo (por sufrir por el Señor). Mis hermanos recibieron grandísima afrenta. Esto duró un año, pues al año me vine de aquella tierra a esta

<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> pp. 80-81.

## ÁNGELES Y DEMONIOS

Una vez vi un espantoso demonio con figura horrible y en lugar de luz echaba llamas de fuego. Acudió mi divino maestro enviándome ángeles que me defendieron y ellos lo echaron de mi presencia. Esto fue un Viernes Santo. Otra vez el Señor me manifestó el infierno en las entrañas de la tierra muy profundo, tendidas las almas boca abajo, abrasándose vivas en aquellas llamas. Vi un horrible dragón, echando llamas de fuego, vomitó un alma a la cual recibió Cristo en sus manos según lo entendí y vi en su compañía unos hombres que me parecían los 12 apóstoles. Iban afligidos y me dijeron que mirase lo que pasaba con esa alma. Era de persona que se llegaba al altar (sacerdote). A esa hora salía de decir misa y estaba en pecado mortal y era la misma por la que se me había mandado que pidiese. Entendí que aquella alma que decía misa todos los días crucificaba nuevamente a Cristo. Esa noche la pasé en el corral sin entrar en casa y una vecina avisó a mi hermana y hasta que me vino el confesor no abrí los ojos ni dije palabra. Me mandó que entrase en casa <sup>21</sup>.

A mí me ha sucedido estando dando gracias y diciendo de todo corazón: Gracias a Dios, que me responden Amén. No veía quién era, pero bien se deja entender que sería el ángel custodio que acompaña el alma, tomando forma de voz <sup>22</sup>. De ordinario veo una hermosa luz cuando estamos escribiendo (ella le dicta su vida a sor Inés del Santísimo Sacramento que la escribe). Esa luz se manifiesta a veces sobre la mano de sor Sacramento, o sobre el papel o en la pluma. Otras veces la veo sobre lo escrito y otras veo un ángel <sup>23</sup>.

Dije a mi confesor lo que me había pasado y cómo me habían mandado pedir por aquella alma. En este tiempo por no volver a ponerme las galas que tenía las eché en un pozo que tenía dentro de un huertezuelo. Me pareció que no me veía nadie. No me guardé de un niño de una vecina, porque él no sabía hablar, pero supo decírselo a su madre, que fue a mi hermana y le contó el caso. Llamó a un hombre que sacase lo que había en el pozo y luego fue a casa de otra hermana, llamándome loca. Y esto fue sabido bien aprisa y decían que me había dado la locura de la otra hermana. Después dijeron que tenía espíritu maligno y se levantó polvareda contra mi confesor como culpable de haberme trastornado el juicio. Pidieron exorcismos y lo hicieron el confesor y el cura del lugar. A los exorcismos no respondió el espíritu. Mi gente quiso poner las manos en el confesor y le avisaron que no hablase conmigo. En Talavera había un clérigo llamado Gil Vicencio que decían curaba bien a los que tenían espíritus. No

---

<sup>21</sup> Ib. 1672, pp. 40-41.

<sup>22</sup> p. 209.

<sup>23</sup> p. 344.

consiguió nada. Después me llevaron a Oropesa donde estaba un santo sacerdote, Ambrosio, que tenía también fama. No hubo más que gozo en mi alma, pues tenía grandísima paz que me tuviesen por loca y endemoniada <sup>24</sup>.

En Arenas de san Pedro me confesó con fray Pedro Sánchez y le dije todo lo que pasaba y a qué me habían traído y él dijo que no necesitaba conjuros que para ayudarme necesitaba misas al Espíritu Santo y mi marido dio para las misas y volvieron todos contentos y yo también de que todos estaban sosegados. Hasta ese día me encerraban con llave y me ataban los pulgares cruzando uno con el otro para que huyese el espíritu maligno. Desde entonces tuve gran reputación de loca y endemoniada <sup>25</sup>. Cuando su marido mejoró de su enfermedad se hizo pastor de un amo de Oropesa y en agosto llevaba el ganado a las riberas del río Tiétar cerca del convento que allí había. Ella iba a buscar a su marido con una sobrinita (que llegaría a ser Isabel de la Madre de Dios) y le llevaba ropa para que se mudase. Se iba a confesar con permiso de su marido al convento cercano. En su pueblo decían que estaba hecha una frailerona.

Apenas salía a tomar el sol me vino al encuentro un espantable demonio en forma de cuervo, muy terrible, y comenzó a batir sus alas sobre mí. No sabía cómo defenderme, invocaba el dulcísimo nombre de Jesús y no se le daba nada. Duró esta lucha un rato. Dije: *La misericordia de Dios me valga* y apareció un ángel hermosísimo y me mostró una cruz que llevaba en la mano con la cual me fortaleció. Luchó con aquel demonio infernal y este desapareció. Pero volvió con un grandísimo escuadrón de demonios tan espesos como humo, Se había ido mi ángel y comencé a clamar a la misericordia de Dios y volvió el ángel con otros muchos escuadrones de ángeles y él, como capitán de todos, acometió contra ese demonio infernal y desapareció aquella maldita canalla y volvió el bendito ángel vencedor, mostrándome nuevamente la santa cruz y mostrándome al demonio vencido a sus pies. Lo tenía encadenado, dándome a entender que no lo temiese. A este bendito ángel me hizo el Señor merced de que lo viese entonces y hasta el día de hoy. Fue la primera vez que vi a los demonios visiblemente y a los benditos ángeles para mi defensa <sup>26</sup>.

Un día el Señor me manifestó un alma negra y espantosa en poder de los demonios. Era de un sacerdote. Se me presentó la Virgen María y el Niño Jesús y vi a ese religioso por el que estaba rezando sin cabeza y que en el hueco del pecho tenía una cavidad negra. Me causó mucho miedo y quise huir, pero me di cuenta de que Dios pedía rezar por él. Vinieron los demonios y le agarraron de los hombros tirando de ellos para llevárselo. La Virgen lo defendía y el religioso

---

<sup>24</sup> Ib. p. 44.

<sup>25</sup> Ib. p. 45.

<sup>26</sup> 1672, p. 34.

no cedía a pedir perdón. La Virgen me mandó que siguiese orando. Un día, entrando en la iglesia, un sacerdote me dijo: *Encomiéndeme a Dios*. No lo conocía. Lo vi salir a misa y conocí que era por el que rezaba. Llevaba una soga a la garganta como el que va sentenciado y vi tras él a Cristo clavado en la cruz y que me miraba. Dijo: *Este es el que me martiriza*. Pregunté su nombre y era el mismo por el que me había pedido el Señor rezar. Hacia año y medio que rezaba por él. Yo no me atreví a hablarle hasta hablar con el confesor, que me dijo que le hablase. Lo hice postrada a sus pies. Él me contó todo lo que había pasado por su alma. Reconoció sus pecados y que celebraba en pecado mortal. Hizo una confesión general, se dio ásperas disciplinas y vivió después 3 años. Tuvo una buena muerte <sup>27</sup>.

Otro caso. Una mujer se iba a desesperar, porque un hombre le había dado palabra de casamiento y ella le creyó y le dejó entrar en su casa. Los parientes de él le quitaron la idea de casarse con ella y ella se desesperaba creyendo que estaba embarazada y sentida deshonra para ella y sus parientes. El demonio le sugería que se echase a un pozo. Pero sucedió que Isabel pasaba por la calle y se le manifestó el Señor crucificado en su cruz, acompañado de muchos ángeles. Vi que una mujer salía de su casa. Iba corriendo como espantada, tenía un huerto en su casa con sus paredes altas y un pozo. Aceleré el paso y la agarré y le dije: *¿Qué es lo que quieres hacer?* Ella dijo: *Que echarse al pozo*. “*¿Por qué quieres hacer eso?*” Dijo que estaba embarazada y prefería ahogarse que verse deshonrada. Yo le dije que pensara que iría al punto a los infiernos y eso sería más afrenta y deshonra a los suyos. Se fue sosegada. Se lo dije a mi confesor y me mandó que le dijese al hombre que le había dado palabra que se casase con ella y, si no lo hacía, (Dios lo castigaría). Hice lo que me mandó y él se redujo y procuró luego volver la honra y casarse con ella.

Un día me hizo el Señor merced de ver muchos ángeles que andaban en mi compañía. A los ángeles los veo y en particular aquel que trae encadenado al demonio. Parece que anda encendido en fuego de amor y que es serafín y que trae y lleva recaudos al Señor. Le acompaña una hermosísima luz. A todos los veo con vestiduras blancas y estolas y cruz <sup>28</sup>.

En cierto convento estaba para comulgar y se me pegó una doncella de aquel lugar que llevaba mucha vanidad en trajes del mundo. En lo interior y exterior iba espantable. Me dijo el Señor después de comulgar: *Mira que me la lleva el mundo*. Me mandó que me compadeciese de ella y así lo hice. Mi

---

<sup>27</sup> Ib. pp. 57-59.

<sup>28</sup> A 1672, p.123.

confesor me dijo que le dijese lo que había visto y dejó el mundo y entró de monja antes que yo en otro convento y murió con fama de santa <sup>29</sup>.

Un día en la portería de san Andrés del Monte, vi una columna que desde la tierra subía al cielo y vi que bajaban muchísimos ángeles <sup>30</sup>.

Muchas veces le había prometido al Señor que, si quedaba viuda, le seguiría en la vida consagrada. Mi marido murió el mes de noviembre de 1622, dejándome su legitima para ayuda de mi dote. Un hermano mío empezó a tratar un casamiento que se le ofreció. Consulté con el confesor y le pedí escribiese en mi nombre a una señora a la que había dado palabra de servir, si me viese libre. Hízolo así y vinieron por mí y di cuenta a mis hermanos para que me acompañaran. Llegaron por mí una noche y a la mañana quiso Dios ayudarme a que saliese.

Procuré salir temprano para evitar que alguien lo impidiese. Temía que no me dejaran mis hermanos. No me pude escapar de una tía mía, que teníamos en lugar de madre, la que, ya anciana, vino bañada en lágrimas y me decía muchas cosas. Mi decisión era invencible, ya que tenía la voluntad de irme hacía ya años.

Salí con mis dos hermanos, y a la salida le daban a mi corazón unos toques, como de prueba. Cuando ya iba perdiendo de vista mi lugar, me quedé algo atrás de ellos, y entonces levanté mi corazón y, despidiéndome, hice nueva entrega de mí a su divina Majestad. Después me despedía de la iglesia a donde tantas veces recibí el Pan sacramental.

Tuve sensación de oscuridad en mi alma, pero aunque la parte sensitiva estaba fatigada, interiormente tenía un gozo sobre todo gozo, ya que veía el cumplimiento de mis deseos.

Llegué al anochecer, día de la octava de san Juan Evangelista, año de mil y seiscientos y veinte y tres. Fui muy bien recibida, y mi hermano quedó con gusto. Sean dadas las gracias al Señor que así solicita los corazones <sup>31</sup>.

A pocos días de venir a Arenas cayó malo un sobrino de aquella señora donde yo estaba. Me pidió que lo encomendase a Dios y le fuera a visitar. Estaba su mujer penadísima y también su tía. Yo los consolaba, diciendo que fiaba a Dios de que no había de morir de aquel mal. Se mejoró el enfermo y al ver la mejoría entendieron que yo era santa y que lo sabía. Pero después volvió a caer y

---

<sup>29</sup> p. 125.

<sup>30</sup> P. 138.

<sup>31</sup> A 1672, p .100.

al poco tiempo murió. Un religioso, gran predicador, estaba contento con la mejoría, porque lo amaba mucho al enfermo, pero le hizo grandísima lástima su muerte. Predicó sus honras y de camino mis deshonras. Y decía a voces: *¿Quién te dijo a ti que no se había de morir?* Y me señalaba. El Señor me había prometido que había de ser deshonrada en los pulpitos. Este padre era muy docto y tenía fama de gran virtud y dijo mucho sobre mí y sobre el comulgar a menudo, etc.

Trataron en este tiempo de traer monjitas de Salamanca de la Recolección de N.P.S. Agustín a fundar este convento. Vinieron en agosto. Les había dado mi patrón noticias de que tenía un moza para lega. Venían contentas de mí sin haberme visto. Permitted el Señor que antes de que entrase en el convento hubo quien les informase de quién era y que mirasen lo que hacían. Había volado la fama de profetisa falsa. Informáronles de tal suerte que se disgustaron de mí. Sabe Dios el disgusto que yo tenía de que no me recibieran. Un día, pensando en esto, me dijo mi amado maestro que eso (de ser monja) te lo tengo de dar y te tengo de hacer fundadora <sup>32</sup>.

Mi confesor de los franciscanos descalzos me mandaba que fuese a ver a la Priora y le pidiese de limosna que me recibiese, yo lo hacía como me mandaba. Fui muchas veces. A la primera fui recibida con blandura. A la segunda vez me habló con desabrimiento. A la tercera me mortificó el confesor con mandármelo y la priora con lo que me dijo <sup>33</sup>. Tuve que salir de la casa donde servía, porque no había retiro y quietud y allí todo eran visitas, bailes y entretenimientos <sup>34</sup>. Después de 8 meses la dejó.

Viniendo un día del convento de san Andrés del Monte se me aficionó una doncella principal y me dijo que, si me quería ir con ella que vivía sola, las dos nos daríamos a Dios. A mi confesor le pareció bien y hallé un nuevo tormento, porque se aficionó tanto de mí que no me quería dar lugar a que fuese a misa y comulgar todos los días. Me decía que las personas honradas han de estar en recogimiento y que pueden oír misa espiritual y comulgar también. No quería que saliese de casa sino cuando ella salía los días de obligación a oír misa. Llevábame consigo sin darme lugar a que hablase con nadie <sup>35</sup>. Salí un día y me dejó en la calle sin querer abrir la puerta. Estuve hasta que estaba anocheciendo. Fuíme a casa de una santa beata, mujer mayor de gran virtud y muy penitente y me recibió con mucho gusto. Habíame esta señora enseñado unos doblones que tenía envueltos en un trapo y encajado detrás de un poste de su aposento y, sin

---

<sup>32</sup> p. 103.

<sup>33</sup> p. 104.

<sup>34</sup> p. 105.

<sup>35</sup> p. 106.

saber quién, los llevaron al tejado. Cuando los echó de menos, dijo y publicó que yo se los había hurtado. Quiso Dios que llevó unos oficiales (trabajadores) a su casa y hallaron los doblones y, pudiendo quedarse con ellos, los manifestaron.

En este tiempo cayó mala esta santa beata. Se angustió mucho, porque era hermana de los franciscanos descalzos y los ayudaba en la enfermería. Había novicios que tenían las rodillas abiertas y llenas de materia (por estar mucho de rodillas). Ella les lavaba los paños de las materias, acudiendo a todo lo necesario de la botica. Comenzó a llorar por la falta que había de hacer a sus frailecitos. Consideré que yo estaba libre y que me sustentaba en casa de esa señora de mi hacienda. Pedí el hábito de la tercera Orden de los descalzos para servirlos y vi cumplidos mis deseos y me fui a la enfermería. Me ofrecí de criada con grandes deseos de servirlos. Los hombres, como era forastera, me miraban mucho cuando pasaban por allí a su trabajo y me veían a la puerta <sup>36</sup>.

Luego que me puse el saco de sayal, como me vieron salir (había caído una gran nieve), ellos dieron en meter piedras y hacer pelotas con la nieve y tirándome a cuál más podía a mi parecer me mataran porque, como llevaban piedras dentro, era terrible el golpe. Quiso Dios para liberarme que estaba uno entre ellos que comenzó a decir: *Mirad lo que hacéis, que esta beata está en compañía de la otra beata y es sierva de Dios*. Con esto me dejaron <sup>37</sup>.

Todos los días cargada con los picos y punteros de la obra que se estaba haciendo en el convento de San Andrés los llevaba a la fragua donde los aguzaban diariamente. Era muy trabajoso esto, pues el convento dista más de dos kilómetros de Arenas. Este es uno de los sucesos que resaltan casi todos los deponentes en las informaciones sobre su vida y virtudes. En realidad era como una criada del convento para todo lo que hacía falta fuera ir a la botica por medicinas o a la carnicería por carne, lavar la ropa, etc.

Entrando a oír misa en cierto convento dijo un religioso al punto que me vio que había de sacarme arrastrando de la iglesia. Yo lo oí y al punto me fui. Le conté esto a mi confesor y me dijo que era cobarde y me mandó que volviese a esa iglesia otra vez y me cobraron aquellos padres muchísimo amor y en especial el que lo dijo.

Mi confesor me ordenó confesar y comulgar todos los días y yo estaba agradecida con el gusto con que los servía en la enfermería y me estaba, cuando había enfermos, hasta que se decían todas las misas, sobre todo si eran tres en

---

<sup>36</sup> P. 107.

<sup>37</sup> *Ibíd.*

reverencia de las 3 divinas personas. Sucedióme venir un día tan incapaz y sin fuerzas que, en llegando a casa, me arrojé sobre una tarima en que dormía y vi una hermosísima mano y me tomó el pulso de la mano derecha. Quedé luego buena y conocí la enfermedad que tenía que me procedía de amor. Me sucedió muchas veces estos acabamientos, porque como se levanta el alma, desfallece el cuerpo<sup>38</sup>.

Otro día en casa de la beata, acababa de llegar de San Andrés, lo vi al Señor interiormente en una cruz. Otra vez yendo al convento se me cayó una cruz que tenía en el rosario. La alcé presto y dije: *Amado mío, os dejé caer en el suelo.* Y me dijo: *No es eso lo por, otros me arrastran* <sup>39</sup>. Un día después de comulgar me metí en un confesionario y me recogí interiormente y vi un niño de gran belleza con el mundo en las manos, metido en grandísimas llamas de amor. Me dio a entender que me compadeciese de él <sup>40</sup>.

Iba yo un día tan ocupada en la presencia del Señor y el demonio me reprendió con grandísima rabia diciendo: *¿Siempre tienes que andar en eso?* Quiso espantarme para quitarme de la presencia de Dios, porque no puede tentarnos estando las potencias ocupadas y las puertas del alma cerradas <sup>41</sup>.

Una noche me visitó el Señor, estando en casa de la beata y me dijo: *Mira que vengo a visitarte y traigo el cabello lleno de escarcha, porque me cogió el rocío de la noche.* Traía un manto azul. ¡Ay Dios qué belleza! Estando de noche durmiendo, desperté a deshora con un gran dolor en el corazón y di un grito diciendo: *Señor, ¿qué es esto?* Víle por encima de mí, que estaba pasando con una lanza. Teníame atravesado el corazón y con la misma lanza estaba atravesado su divina Majestad también. Me dijo que quería que padeciese martirio. El doctor me mandó sangrar y no me alivió, porque procedía de puro amor. Mandó que el barbero me echase una ventosa en el mismo lado y que me lo sajasen profundamente. Las monjas se trabajaron mucho y yo estaba gozosísima de tener que padecer para ofrecerlo al Señor <sup>42</sup>.

Una noche de Navidad después de comulgar en la misa de gallo me metí en un confesionario, desviada de la gente que había mucha. Era en el convento de N.P. S Agustín. Me dio gran recogimiento y vi dentro de mi alma al recién nacido. Vi a la santísima madre de rodillas y levantando las manos. El niño estaba metido en un fuego de amor. Era fuego ardentísimo. Estaba echadito de

---

<sup>38</sup> p. 109.

<sup>39</sup> p. 110

<sup>40</sup> p. 112.

<sup>41</sup> p. 115.

<sup>42</sup> pp. 115-116.

espaldas en el suelo duro, inclinando sus benditos ojos al cielo. Me pareció que estaba dando gracias a su eterno Padre <sup>43</sup>. Otra noche de Navidad no pude ir al convento por la mucha agua y tiempo recio y, estando recogida, pasó por mi alma una admirable noticia. Vi una campana. Tuve noticia de que aquella campana denotaba al Verbo de Dios. Entendí que, como campana, se había de tocar y que colgado en el altar de la cruz había de dar voz para que se oiga en el mundo <sup>44</sup>.

## **ENTRADA AL CONVENTO**

Las carmelitas descalzas ocupaban el edificio que para ellas había construido doña Magdalena Frías, ayudada por su sobrino Juan de Frías. Y porque las rentas eran muy escasas, resolvieron abandonar aquella fundación. El edificio llevaba varios meses abandonado hasta que aceptaron ir 3 agustinas recoletas de Salamanca. Al llegar no aceptaron a Isabel por malos informes recibidos. Tardaron 3 años en aceptarla. Ella nos dice:

Las monjas agustinas se dieron cuenta de que yo no estaba loca y me querían recibir y estaban deseosas de mi compañía. Yo oía una campanita que tenían y era cosa imposible oírla desde San Andrés, porque era muy chiquita. Si me dormía en casa de noche, me despertaba la campanita. Con este despertador se avivaron mis deseos de ser monja. El padre guardián de los descalzos me dijo que era tentación (el dejarlos y entrar de monja), pero otro confesor me dijo que sí era de Dios <sup>45</sup>. Parecía que todo estaba listo para entrar pero el capellán agustino, fray Alonso de Olmedo, tenía mal concepto de mí y no quería mi entrada ni dar licencia. Al fin la vino a dar, quedando las religiosas contentas y me admitieron en su santa compañía. Había estado en compañía de la beata un año, dos meses y 10 días. Entré al convento (el 14 de abril de 1626) de san Juan Bautista de las agustinas recoletas de Arenas de San Pedro. Tenía 42 años y fui lega o de velo blanco, ejerciendo los oficios más humildes. Cocinera, enfermera, hortelana, cuidadora de las gallinas, hilandera, etc.

El día de mi entrada se hundió mucha cantidad de tejas y madera del convento. No cogió a nadie. Estábamos a esa hora cenando y cayó estando el tiempo sosegado sin aguas ni aires, sino apacible y sereno <sup>46</sup>. Un día me hizo el Señor una merced: Estaba en la oración y se puso de rodillas junto a mí san Jerónimo, enseñándome a orar. Otro día vi una monja de mi Orden forastera. Fue

---

<sup>43</sup> pp. 116-117.

<sup>44</sup> p. 117.

<sup>45</sup> p. 126.

<sup>46</sup> p. 132.

4 años antes de que ella entrara de monja, después vivió 13 años con mucha virtud. Se llamaba Cecilia de la Concepción.

## NOVICIADO

Teníamos una religiosa y yo un concierto (pacto) de ofrecer a nuestro Señor la comunión la una por la otra. Un día me descuidé de hacerlo y la Madre de Dios, estando en el coro, me mandó que cumpliera lo prometido y lo hice. Y vi un hermoso sol que le entró a ella en el alma. Era maestra de novicias. Se llamaba María de la Trinidad. Vivió en religión 14 años <sup>47</sup>.

Con otra religiosa tenía hecho el pacto de que me diese a mí los merecimientos que tuviese los sábados en los ejercicios que hiciese y yo a ella otro día. Una vez, al subir las escaleras, se me apareció con una viga pesadísima auestas y me dio a entender que mirase la carga que tenía sobre mí. Murió a 5 años de monja. Se llamaba Manuela de la cruz.

Un día durante el noviciado se me apareció santa Catalina de Siena, diciéndome que me había de morir. Se lo conté a mi confesor y me aclaró que no dijo que me moriría ahora, sino que debía morir ahora a las pasiones del mundo. Este confesor era fray Juan de los mártires, que me mortificó mucho.

Otro día en la fiesta de la Asunción de María me dio gran calentura. Le dije al Señor: *Soy novicia y no me querrán enferma*. Se me apareció Cristo con la cruz auestas y no pasó el mal adelante, quedé buena. Mi confesor me dijo que le había hecho cargar al Señor la cruz por librarme de la enfermedad que el Señor sabía que yo era novicia <sup>48</sup>. En el noviciado me sucedía ver a un niño hermosísimo y hacía conmigo lo que hace uno cuando juega, que se anda escondiendo para que lo busque. Representábase al alma como metido en un pozo más hondo y no le veía más que las espaldas. Gustaba mucho de este juego. Algunos días pasaba que no lo encontraba y me ponía un cuidado de no haberle perdido por mis grandes culpa <sup>49</sup>.

Una vez después de comulgar, con el Santísimo Sacramento en la boca, fui arrebatada, dando conmigo en los infiernos. Me dijeron: *Aquí ves tu lugar y el de todos. Él que de aquí escapa es por las entrañas de mi infinita caridad*. Temor

---

<sup>47</sup> p. 132.

<sup>48</sup> p. 134.

<sup>49</sup> p. 135.

grande padecí, pero el Señor me libró por su bondad, pasándome del temor al amor <sup>50</sup>.

En la víspera de la fiesta de san José y día de san Gabriel arcángel, después de comulgar, se me quedó el Santísimo Sacramento en los labios. Se entró la hostia en la boca. Me dijeron que era para que se purificasen los labios para acertar a hablar de Dios.

En el noviciado la Prelada estaba afligida por la necesidad que había en el convento y me mando que fuera al coro y le pidiese al Señor que la remediase. Cuando me puse en la presencia del Señor, comencé a suplicar y comenzó (en mi visión interior) a echar rebanadas de pan y, después de haber echado cantidad de ellas, me fue mostrado un pan, finalmente vi que eran tres que estaban tan unidos que eran tres en uno (símbolo de la Trinidad). Esas rebanadas significaban que nos iría el Señor acudiendo poco a poco e iríamos pasando con pobreza para que padeciésemos necesidades. A los pocos días vino la Prelada llena de gozo. Nos había venido de la mano del Señor una muy buena rebanada, porque le habían enviado de Madrid una gran limosna con que la desahogó su divina Majestad <sup>51</sup>.

El confesor, fray Alonso de Olmedo, no me creía lo que le decía de mis experiencias espirituales, creía que era una farsante. Un día este confesor llamó a la Prelada, diciendo que mirase por mí que estaba endemoniada y qué desdicha había entrado en el convento el día que yo entré en él, que por otra semejante a mí se había destruido otro convento. Y mandó a la Prelada que no permitiese a sus dos sobrinas del convento que hablasen conmigo. También le dijo que me mandara tres días de disciplinas en el comedor y que estuviese trabajando sola en la cocina durante toda la Cuaresma y que no me ayudase nadie. Parecía que los demonios podían hacerme cuanto mal querían, pues se me quebraban los pucheros en la cocina; y en la celda por la noche me hacían mil espantos y aullidos horribles y daban golpazos enormes y me parecía que las monjas se quedaban atemorizadas, pero no debían oír nada, porque nada dijeron. Los demonios me decían que estaba condenada. No sabía qué hacerme. A tanto llegó mi trabajo que el Jueves Santo me hicieron creer los demonios que se habían apoderado de mí y quise salir del coro huyendo, y Dios por su bondad no lo permitió. Pero pensé que iba a perder el juicio y estaba tan desflaquecida que no podía atravesar bocado. Por fin la Prelada envió por el padre Serradilla a San Andrés y tomó cuenta de mi alma con permiso de mi confesor y dijo que no temiese, que mi espíritu era bueno. Así quedé desahogada. Quedé contenta y lo mismo el padre Serradilla. Habló con mi confesor y de nuevo me admitió a

---

<sup>50</sup> p. 138.

<sup>51</sup> p. 140.

confesarme, aunque no me creía hasta poco antes de morir, cuando el Señor se lo manifestó <sup>52</sup>.

Murió en el convento una religiosa a quien yo quería mucho por ser de gran virtud, lloré mucho con grandes ansias de irme con ella. Fui a confesarme y el confesor me riñó como siempre y me mandó que fuese a pensar en mis pecados. Yo lo hice así y, encerrándome en la celda, me llevó el Señor tras de sí y me dijo: *Ofréceme tus pecados y yo te doy en retorno todas mis virtudes*. Fui al confesor y me dijo que era bueno mi espíritu y que pidiese a Dios que me alargase la vida para consuelo de las religiosas que estaban afligidas. Yo salí descargada de tan gran peso como había traído tantos años con ese confesor <sup>53</sup>.

Por haberse quemado el convento, en ocasión que estaban para pasarse a él, vivían las religiosas en una casa particular. Atendiendo a esta necesidad tan grande en que se hallaban dichas religiosas, aconsejó a la priora el padre fray Alonso de Olmedo, vicario del convento, que se partiese a Madrid, a significar esta necesidad a los señores duques del Infantado, para que la remediasen.

Hízolo así, con licencia de su Superior, y llevó consigo por compañera a Isabel de Jesús. Aposentáronse en casa del señor duque del Infantado don Rodrigo de Mendoza, por ser suya la villa de Arenas.

Recibiólas con mucha benignidad, y aunque tenía su Excelencia poca edad, de diez a doce años, poco más o menos, compadecido de la desgracia del convento, que todo se quemó, les ayudó con limosnas y, con otras que juntaron de otros señores, fue Dios servido se reedificase el convento.

Estando, pues, la madre priora y la hermana Isabel en casa del duque, salieron a misa al oratorio, y la hermana Isabel llevaba la toca tan torcida, que causó risa al duque, y le dijo: ¿Madre, no tiene espejo? A lo cual respondió: “Señor, no”. Pero, entrando luego en el oratorio, donde estaba un santo Ecce homo, de medio cuerpo de talla, poniendo los ojos en él, se volvió al duque, y le dijo: señor, éste es mi espejo. Y el duque, como se ha dicho, aunque era de poca edad, volvió a su tía, y le dijo que llevasen a su cuarto a la hermana Isabel el santo Ecce homo, por haber dicho era su espejo. Replicó la señora marquesa de Villafranca, tía suya (que le crió como madre): “Hijo, no se puede dar, porque es dádiva de tu tío el almirante de Aragón, de gran precio, y estima, y le dio para la casa”.

---

<sup>52</sup> pp. 142-147.

<sup>53</sup> p. 157.

El duque, no obstante eso, porfió en que se le había de dar, pues era su espejo, y no cesó de instar hasta que se le dieron.

## **ALGUNAS VIVENCIAS**

Estando una noche persignándome para entrar en la cama me dijo mi divino maestro: mira, yo dejé tanta virtud en la cruz que, haciendo la señal de ella en la frente, es bastante para quitar todos los malos pensamientos, y, haciéndola en la boca, es bastante también para quitar las malas palabras, y convertirlas en buenas. Lo mismo me dijo, haciéndola en el pecho, que quitaba la fuerza de las malas obras, y las convertía en buenas.

Diciendo yo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, me dijo: “Ahora echaste el sello confirmándolo con esas tres personas que nombraste”.

Esta fue la primera lección que su divina Majestad me dio. Representándome los temores que yo traía, de que me había de condenar, me dijo: “Mira tú qué serán tus pecados delante de mi gran poder”. Conocí con su divina luz que podía perdonarme y quería”. Dijóme que delante de su gran poder y de su misericordia son nuestros pecados como no ser, porque los consume en el fuego de su divino amor.

Pasó más, diciéndome mi divino maestro: “Mira, cuando invocas a la siempre Virgen María, le pides su favor. Lo mismo pides a los santos apóstoles, pidiendo que se duelan de ti, pues vivieron en el mundo sujetos a caídas, y pues están ya libres de ellas, les pides que te sean intercesores, para que por su medio, y del de mi madre, salgas libre de esta vida...”. Esto fue la sustancia, y me acuerdo bien que lo dije entonces así, pero sin duda permitió Dios que lo entendiesen tan al revés que dijeron que, como yo decía que Dios era mi confesor, que estaban espantados, acusándome de herejía.

Habíame hecho el Señor una gran merced, luego que llevaron aquellos papeles, por mano y autoridad de mi Prelado, diciéndome: mira que han de tropezar en esos papeles, y que han de venir a ti. No temas, que yo te sacaré muy bien de todo...

Estaba cerniendo cuando me pasó esto. Fui a buscar a mi prelada. Halléla en un oratorio, donde está una imagen que trajo cuando entró monja. Díjela lo

que me había pasado acerca de los papeles, y como le dije que habían de tropezar en ellos, se turbó. Yo la dije que no la diese pena, que el Señor me había dicho que había de tropezar en ellos y me dijo también que no temiese, que Él me sacaría bien de todo. Era priora en aquel tiempo la Madre Ana de la encarnación. Con esto se sosegó.

Vinieron a mí al año poco más o menos y trajeron unos apuntes, diciéndome que enviaba el señor obispo a saber cómo decía aquello. Yo, en lugar de turbarme, sentí gran gozo, viendo cumplida la palabra de Dios nuestro Señor.

Padecía yo muchos dolores. Habiendo traído por aquel tiempo la imagen santísima de Nuestra Señora del Pilar a la parroquial de la villa, que acostumbran traerla por necesidad de agua, hízome merced (la Virgen) de visitarme una noche estando con estos horribles dolores que me quedaron por mucho tiempo, los cuales me fueron aliviados con su santa visita. Gocé con ella buen rato, y mirándole las vestiduras que traía por ellas, la conocí claramente, porque hicieron merced las Madres de traerla por nuestra casa, cuando la llevaron al convento.

Un día estando mirando un Cristo de bulto me llamó con la cabeza y mirándome con los ojos, me enseñó la llaga de su costado, mandándome que entrase por ella; usó de esta fineza de amor conmigo.

Acerca de cómo acudía el Señor en mis grandes desahogos y mayores tribulaciones, digo para gloria de Dios que la Cuaresma, que me penitenció mi confesor, mandando a mi prelada que no me diese alivio, me sucedió llegar a tanto trabajo que no sabía de mí, y llegaban muchas veces las once, y no tenía compuestas las comidas, porque andaba como incapaz. Como veía que era tan tarde me daba cuidado pareciéndome que no había de tener tiempo para dar recaudo.

Hacíame el Señor tan grandísima merced que parecía me hallaba las comidas aderezadas, y el alma gozosa y desahogada. Porque pareciéndome a mí que me había de faltar mucho tiempo, en lo que tardaba en decir Vísperas, que se dicen con harta brevedad en Cuaresma, me hallaba en poco tiempo con todas mis comidas aderezadas y me sobraba tiempo <sup>54</sup>.

Y comenzaba una música, diciendo esto:

*A la gala de la pastorcilla  
que el Señor hace penar,  
que penando le hace andar.*

---

<sup>54</sup> A 1675, p. 177.

*A otro tono decía otro motecillo:*

*Estéis norabuena  
querida esposa.*

*Repetían luego:*

*Dulce esposo mío,  
vengáis en buena hora.*

*Y parece que quiso su divina Majestad el retorno porque me mandó un  
lunes santo en la noche que dijese:*

*Esta es la justicia  
que mandan hacer  
al que por amores  
se dejó perder.*

Es cierto que fue muchísimo el no cantarlo, porque me hizo tan gran fuerza el amor que no podía resistirlo. Hube de decir: “Mirad, Señor, que dirán que estoy loca”, y así quiso Dios que dilató pasando por lo interior, sin salir a lo exterior.

El Señor me dijo que él estaba contento con que yo no supiese leer ni escribir, porque, si lo supiera, entenderían cuanto yo les dijere (se refiere a ciertas visiones muy especiales que tuvo) como si fuera sacado de algún libro.

Isabel no sabía leer, pero estaba atenta a lo que decían los que sabían leer. Tenían costumbre los de Arenas de visitar multitudinariamente los viernes el Vía Crucis de los Descalzos de San Francisco. Tenía una de las cruces un rótulo que decía: *Esta es la Casa de Pilatos de donde salió el Salvador del mundo, condenado a muerte con la cruz a cuestas. Y dice: Oía yo leer este rótulo y sabía que era aquella la casa adonde había sido sentenciado mi buen Señor*<sup>55</sup>.

Y dice: Estando un día en el coro entendí en romance lo que iban diciendo las madres en latín. Entendí cómo decían *con los santos, santo eres*. Y al decir esto, me dijo el Señor: *Y conmigo eres pregonera de mis grandezas*.

Estando en el coro un día, oí que dijeron las madres: *con los santos, santo eres*. Y reparando yo en aquella razón que había oído, me habló mi divino Maestro al alma, diciendo: *conmigo eres pregonera de mi grandeza*. También me llamó pregonera y campana. En todo ello me daba a entender que, aunque

---

<sup>55</sup> A 1675, p. 129.

quisiese ocultar sus maravillas, que tenía que ser pregonera de ellas, manifestándolas como yo lo hago. Su divina Majestad, por ser quien es, tenga por bien de servirse de mi grande atrevimiento, que bien vio que lo es muy grande, el ponerme yo, tan indigna, a cosas semejantes, pero movida por Él mismo, como he declarado aquí, y mandada por Él y aconsejada de mis confesores, no una, sino muchas veces, me he venido a rendir a hacer lo que no pensé.

Estando una noche en recogimiento me hizo el Señor esta merced: viniéronme a visitar dos monjas de la Orden de nuestro padre san Agustín: parecióme fue santa Clara de Montefalco, la una, por cuanto llevaba un pesito en la mano, como la pintan, con las tres pelotitas. Como el Señor me hizo la merced de hacerme devota de la Santísima Trinidad, me parece me quiso dar este gran favor. La compañera me parece que era una Santa que se llama santa Perpetua, hermana de mi gran Padre san Agustín. Santa Clara se me llegó más, con mucha alegría, y mostrábame el sacrosanto misterio de la Santísima Trinidad: era hermosa, y un poquito cariaguileña: llevaba un griñoncito y su hábito negro con su correa: era de lindo agrado: hablábame con los ojos, y gozándose de verme me mostraba aquel tesoro que llevaba en sus manos. La otra santa estaba como detrás de ella: parecíame que el estar detrás era por la reverencia debida al sacrosanto misterio de la Santísima Trinidad. Gozóse mucho conmigo, tanto que parecía que estaba soltando la risa por momentos. Era algo redonda de cara, y un poquito morena; tenía también su hábito negro, y con su correa vi también a mi glorioso Padre san Agustín con un roquete como de obispo.

En otra ocasión, estando enferma se me apareció una viuda de mi Orden, llamada santa Rita, y a imitación suya, quise siquiera una espina de las de Cristo, y vi unos como hilos de seda colorada, y bajaron tanto que se me pusieron sobre la ceja derecha.

Fui a buscar al padre fray Francisco de Cogolludo, que era mi confesor, y permitiéndolo el Señor así, no le hallé, que le había llevado el conde de Morata en su compañía: dijéronme que era larga la jornada, que había ido a Santiago de Compostela. Yo había conocido a este santo padre en el Rosario, siendo guardián de aquel convento, y a este tiempo que voy diciendo vivía en el convento de la Puente.

El padre Cogolludo le dio permiso para comulgar jueves y domingos y fiestas. Muchos se escandalizaron porque decían que estando yo loca no debían darme los sacramentos. Ella refiere: *Un día su Majestad me mostró 3 mujeres con habito de san Agustín y el Señor me dio noticia de que me había de ver con ese hábito y llena de gozo no cabía en mí (a pesar de estar casada). Me iba a comulgar a Parrillas y me llamaban santurrona. Otras veces me llamaban loca y*

*me tiraban piedras; y aconsejaban a mi marido que me castigase, pero él me amaba muchísimo.*

## **LOS DOS ENEMIGOS**

Había dos personas que no se hablaban por ciertos negocios que hubo entre ellos dos. Así estuvieron 11 años. El año 1642 por carnestolendas (carnavales) estaba pidiendo por los que estaban en pecado mortal y el Señor me mostró uno de los dos contrarios. Estaba su corazón tal cual no está el de nadie. Tenía dos espantosos demonios en el interior de su alma. Le tenían comidas las entrañas, su hueco interior estaba denegrado y habitaba en él una compañía infernal. Me dijo el Señor: *Mira cómo están los corazones. Donde no caben los prójimos; tampoco yo puedo estar. Yo no entro, sino donde entran ellos.* Los tenía ciegos el demonio al uno y al otro que ninguno quería ceder de su parte, pareciéndole a cada uno que él era el agraviado. Yo fui a mi prelada y le pedí que enviase a llamar al padre Serradilla, porque tenía necesidad. Yo no sabía qué hacer. Vino el padre guardián, el padre Gaspar (el padre Serradilla no vino por ser ya mayor). Le di cuenta del asunto de los dos contrarios y me dijo que pidiese a la prelada que los llamase. Así lo hice y vino luego el que era Superior al otro y conoció el daño de su alma, porque me dijo que tenía mucha lucha consigo mismo con deseos de perdonar. Quería perdonar y no podía. Decía que le había hecho gastar su hacienda en pleitos y que tenía perdida la honra y era persona de calidad (importante). Le exhorté y quedó reducido a perdonar y que haría una confesión general, pues habían estado así 11 años. Me prometió venir presto y no venía. Los demonios le habían aconsejado no venir, pensando que el otro me había hablado a mí para decirle lo que le había dicho para que fuesen amigos. Dióme el Señor noticia de ello y le envié a llamar otra vez y otra. Por fin vino y el Señor me dio luz de lo que había de decir. Vino y me dejó muy pagada. Vino tan trocado esta segunda vez que no lo conocía. Dijo todo lo que los enemigos (demonios) le habían puesto delante: Que siendo Superior cómo quería yo que fuese a humillarse. Me preguntó cómo quería que lo hiciese que ir él a la casa del otro no lo había de hacer y le dije que me gustaría que allí delante de mí hiciesen las amistades. Se llamó al otro y quiso Dios que se juntaran y en presencia mía y de mi Prelada pidió perdón esta venturoso alma humillándose a su inferior. Le echó los brazos y le dijo que le perdonaba los agravios y le prometió amistad. Quiso hacer confesión general, pero dijo que era necesario algunas cosas que él no tenía y así no lo haría. A mí me pesó en el corazón. Me obligué a mil azotes y a llorar por aquel alma, porque lo vi tan resuelto a no querer confesarse que temí su perdición. Pedí permiso a la Prelada para hacer penitencia. Ella me lo dio de buena gana y yo iba al gallinero a tomar disciplinas sin que nadie me sintiese. Estuve otro día de allí a un tiempo con él y me dijo que era menester tener contrición y lágrimas y que él no tenía ni lo uno ni lo otro. Nos despedimos y él

se fue con grandísima tibieza. El Señor le dio luz y le ablandó el corazón con gran copia de lágrimas y vino a la mañana a verme y contarme la merced que le había hecho el Señor y que había sido tanto su dolor que pensó morir. Me dijo que tuvo deseos de ir a casa de un amigo suyo a decirle qué tan engañoso es el mundo.

Tenía el guardián de los descalzos que predicar en el Valle y le pedí al Señor atajarle en el camino guiándolo acá y lo hizo levantando una gran nube en el Valle. Le dio temor al guardián y vino a este lugar. Él lo atribuyó a milagro. Se confesó el interesado con él y después me dijo que, antes de confesarse, había vivido un tormento perpetuo y le parecía que injustamente su súbdito le había agraviado y le atormentaba la sinrazón <sup>56</sup>. Y todo se arregló con la ayuda de Dios.

## MÁS VIVENCIAS

Un día la priora me mandó que le llevase muchos cántaros de agua a un cuarto de arriba, cuando ya habían tocado a misa. Yo tenía toda la vida devoción a oír todas las misas que pudiese y, cuando no es día de fiesta, no es permitido oírlas todas. Yo me iba a oír misa, pero no fui por atender lo que me mandó la Prelada y, bajando la cabeza, fui a obedecerla, llevando aquellos cántaros. Y sucedió que interiormente sentí unos júbilos por el alma que no hay cómo decirlos. Parecíame estar fuera de mí. Se lo conté después a mi prelada y le pesó mucho haberme quitado que oyese misa. Sea alabado el Señor que no dejó sin premio nada que se hace por obediencia <sup>57</sup>.

Muchas veces me ocurre, cuando comulgo, hallarme con la boca llena de sangre y siento grandísima suavidad en el alma. Estando una vez doliente me hizo el Señor merced de enviarme al santo fray Pedro de Alcántara para mi consuelo, estando mucho tiempo conmigo. Traía un cayado en las manos y estaba echada de pechos sobre él. Me enseñó a orar y gocé gran parte de la noche en su compañía y de la enseñanza de la contemplación <sup>58</sup>.

Una vez el Señor me prometió muchos hijos. Yo estaba contenta, porque los deseaba muchísimo pues se me habían muerto los que había tenido. Quisiera tener muchos, aunque me los llevase bautizados que yo me holgaría de quedarme

---

<sup>56</sup> pp. 184-192.

<sup>57</sup> p. 164.

<sup>58</sup> p. 180.

sin ellos y se los daría de muy buena gana. De allí a pocos días la Majestad de Dios me mandó que le ofreciese a su Unigénito Hijo por sacrificio cuando lo recibiese. Yo lo hice así en acabando de comulgar. Y me dijo su divina Majestad: 'Yo te doy a ti en retorno todas las criaturas del mundo por hijos tuyos para que los vuelvas a ofrecer. Y ha llegado tiempo de decirle al Señor que, si no perdona a los hijos que me dio de su mano que me borre del libro de la vida, porque yo no quiero ir al cielo sin ellos. Estos son afectos de madre que desea la salvación de todos los hijos que recibí de tan buen Padre.

En 1638 unos padres jesuitas dieron misiones en Arenas y las religiosas se confesaban con ellos. Había una especie de gran espíritu. La sobrina, sor Isabel de la Madre de Dios, estaba obnubilada con el padre jesuita. Parecía que se adelantaba a sus sentimientos, a lo que le ocurría interiormente. Su maestría complacía totalmente el espíritu de Isabel, encontrando todo el consuelo del mundo en sus palabras. Tanto que le pareció que no podía vivir sin sus consejos y decidió huir del convento e irse tras ellos. Esta gravísima decisión imprudente llegó a tanto que preparó la ropa para salir y estuvo mirando las tapias por donde salir aquella noche y disfrazar el traje para no ser conocida. Pero su tía la conoció.

Y la joven nos dice: *Esa misma tarde me llamó mi santa tía y me dijo que si no sabía yo que aquellos padres no venían aquí de asiento, que todo era tentación del enemigo para que perdiese yo tanto tiempo y ofendiese a Dios, que no sabía lo feo del delito que me proponía cometer. Y otras tantas razones que echaba yo de ver que conocía todo lo que pasaba por mi alma.*

Y cogiéndome por la mano me dijo: *Hija mía, no tengas pena, y créeme que Dios te ha de traer otro confesor, que no echas de menos al que se ha ido. Pasado año y medio, víspera de Santa Catalina, mártir, me le trajo el Señor tan a propósito para mi espíritu, que en quince años que ha que me gobierna, no recuerdo de haberme vuelto a dar ansias por los padres dichos, ni haber dado cuenta a ningún otro, con haber hecho su Paternidad algunas ausencias.*

Estando con otra enfermedad creo que era enfermedad de amores, me visitó una noche Santa Teresa de Jesús... Estando enferma me visitó el discípulo amado. Estuvo gran parte de la noche en mi compañía, exhortándome a la paciencia en la enfermedad <sup>59</sup>.

Más espectacular fue la visita que le hizo Santa Rita Casia, una monja santa viuda como ella y Agustina como ella, quien le traspasó una espina, como la tenía ella en la frente. Dice la Madre Isabel que no lo notó ninguna monja, más

---

<sup>59</sup> A 1675, p. 208.

que su amiga y confidente, la Madre Inés del Santísimo Sacramento. Sucedió este caso el año 1638 ó 1639.

Estando un día con la quartana, se me apareció una viuda de mi Orden llamada santa Rita y a imitación suya deseé una espina de la Corona de Cristo. Enseguida vi unos como dos hilos de seda colorada y bajaron tanto que se me pusieron sobre la ceja derecha. Quedóme pasada de dolor, vi que el señor había cumplido mis deseos. Entró la espina sin que se echó de ver, sino es Inés del Sacramento, que a ella se lo manifesté luego que la trajo el Señor a tiempo que había acabado de recibir esta gran merced, y fue testigo de vista de cuán doloroso tenía el ojo, y como nadie lo sabía sino ella, aunque le tenía malo no dio nadie lo que era... traigo dolor en él y siento por la parte de adentro al menear el ojo, por la parte de arriba se me hinca la espina y los Viernes en particular sienta más y se me pone el ojo un poquito encarnizado. Llevo pasando esto siete años ya <sup>60</sup>.

## LA VIRGEN INMACULADA

Estando en el coro en vísperas de la Purísima Concepción de la Madre de Dios, vi venir huyendo un dragón infernal que, huyendo, volvía la cabeza. A esto vi una hermosa doncella que venía con grandísima Majestad, con gran señorío y paso llano y conocí que tenía dominio sobre aquella bestia, que huía de ella, admirada de verla limpia Concepción. Como no cayó en la mancha del pecado original, huía de ella, temiendo ser vencido por ella. Me mandó María decir que llegó primero la gracia que la culpa original, porque la tenía el Señor escogida para madre suya <sup>61</sup>. Recordemos que el dogma de la Inmaculada Concepción fue definido en 1854.

Y anota: *Me sucede a veces que, estando en el coro, pongo los ojos en la imagen de la Madre de Dios que está a la mano derecha del sagrario y ella no me consiente que me detenga en ella y me manda que pase a su Hijo, buscándole en el sagrario, que allí lo toparé como en los cielos* <sup>62</sup>.

Me ha sucedido despertar después de haber dormido un rato y hallar conmigo un hermosísimo sol que me está acompañando y guardándome el sueño

---

<sup>60</sup> *Ibidem.*

<sup>61</sup> p 182.

<sup>62</sup> p. 237.

y al despertarme desaparece. Aunque yo duerma, vela mi corazón con el Señor y despierto inflamada de amor <sup>63</sup>.

El día de la Visitación de María, 2 de julio de 1646, después de comulgar estuve 5 horas en el coro sin recibir cansancio y vi al santo niño Juan Bautista, dando saltos en el vientre de su madre <sup>64</sup>.

## HECHOS EXTRAORDINARIOS EN SU VIDA

Isabel de santa Mónica declaró que *estaba enferma y le pidió a la Madre María Josefa que viese su garganta, que estaba muy negra e hinchada. Le dijo que era menester sangrarla. A continuación del achaque le dio un accidente, teniendo gran calentura, y en esta ocasión una compañera de la dicha Madre Josefa llamó a la sierva de Dios y, habiendo venido, le puso sus manos sobre la cabeza e instantáneamente vio que quedó sana y libre de dicho accidente y se fue al Coro a cumplir con su obligación. Y no solamente conoció y vio esto, sino que estando enferma esta que declara de una rodilla sin poderse menear, sino es con mucho trabajo, fue a la celda de dicha Sierva de Dios, que estaba enferma de la enfermedad que Dios la llevó y haciéndole lástima el que no la asistiese por su achaque, le dijo esta que declara: pues pide tú a Dios que me sane y te asistiré. Y entonces le hizo tres cruces en la rodilla y quedó sana y buena* <sup>65</sup>.

Una vez trajeron al convento una reja pesada de hierro que dejaron en la portería y no la arrimaron con seguridad a la pared, y se cayó y cogió el pie de una religiosa joven, dando con ella al suelo, dejándola como muerta. Llamaron a la Madre Isabel y ella les pidió que levantaran entre todas la reja. Después, ella puesta de rodillas, tomó el pie de la religiosa y llevándolo a los labios hizo una oración y le mandó levantarse, diciéndole que no era cosa de cuidado y que caminase. Así lo hizo y pudo caminar sin cojear <sup>66</sup>.

Otra religiosa llevaba 21 noches sin poder dormir, temía perder el juicio. Le pidió a la Madre Isabel que la encomendase y le hiciese unas cruces en la cabeza. Y con eso quedó sana la enferma, mientras que Isabel le rogó que no dijese que le había hecho las cruces <sup>67</sup>. Un día de la fiesta de san José estaba Isabel de semana en la cocina y no había muchas ollas en casa. Dejó la olla al

---

<sup>63</sup> p. 265.

<sup>64</sup> p.309.

<sup>65</sup> Declaración para el Proceso de canonización de la Madre Isabel de santa Mónica.

<sup>66</sup> pp. 362-363.

<sup>67</sup> p. 363.

fuego y se fue a atender a las gallinas. Al regresar, vio la olla abierta y ella, tomando los cascotes de la olla, dijo con gran fe: *Poderoso sois Señor para hacer este milagro y no es sin necesidad*. Y la olla quedó sana y duró muchos años y la llamaban la olla del milagro. Otras veces ocurrió este milagro con otras ollas o instrumentos de cocina y alguna vez Isabel dio con todo el cuerpo en el fuego y no hacerse daño ni quemarse <sup>68</sup>.

También atendía a la huerta y le pedía al Señor que echase la bendición a lo que había trasplantado y, al otro día, hallaba criadas las plantas con que asistía a la comunidad. Esto sucedía de la noche a la mañana <sup>69</sup>. Otras veces el Señor daba la salud a las enfermas con solo hacerles ella la señal de la cruz y así lo refiere la Madre Santa Mónica y la Madre Francisca de la Madre de Dios <sup>70</sup>.

*Topando un día con una monja, se detuvo conmigo, que venía llorando. Dijome que qué haría, que se sentía muy mala, y que de ninguna suerte se podía conformar en haber de morir. Yo la estaba exhortando a la conformidad en la voluntad de Dios, pero estaba tan llena de pena y del temor de la muerte que a mi parecer no le entraba lo que la decía. Desviándome de ella comencé a considerar el gran atrevimiento que yo tengo acerca de la muerte, porque la vi yo entrar a esta religiosa tan niña que apenas tenía edad para profesar. Y como yo miraba que había salido tan temprano del mundo, y se había criado en la Religión en observancia y virtud, que tiene muchas, pero estos temores que voy diciendo se le han conocido siempre, tanto que no se puede hablar de la muerte en su presencia, por la mucha pena que le da. Como ya apercibí cuán grande es mi atrevimiento, por cuanto deseo muchos años ha de verme libre de la cárcel del cuerpo, dijele al Señor que si iba yo errada en mi grande osadía. Dijome: “Mira, que la esposa que no desea verse con su esposo, poniendo en riesgo su vida para llegar a verse con él, no es verdadera esposa, por cuanto está asida a su vida”. Con esto me sacó el Señor de aquella niebla que me iba cercando con aquel temor, procedido de los temores de aquella religiosa <sup>71</sup>.*

*A otra religiosa traía el enemigo inquieta, que había entrado para lega, y la entró una tentación de querer ser del coro, y andaba tan disgustada, que no tenía día de salud. Pidióme un día que la encomendase a Dios un negocio que traía entre manos. Era el negocio hacer diligencias para que le diesen más dote los suyos para entrar de coro, como ya he dicho. Yo la encomendé a Nuestro Señor, como ella me lo pidió. Representóme la Majestad de Dios un espantoso demonio diciéndome que aquel enemigo la traía inquieta: entendí que no le*

---

<sup>68</sup> p.364.

<sup>69</sup> *Ibidem*.

<sup>70</sup> *Ibidem*.

<sup>71</sup> A 1675, p. 204.

*convenía lo que intentaba para su salvación. Yo se lo dije a ella, deseosa de su salvación, y el Señor le hizo merced. Sea Él alabado porque se la quitó la tentación y quedó quieta y muy contenta de estar en el servicio de la comunidad. Hoy vive y tan otra que como se dice acá en el mundo, que llevaron una y trajeron otra, que esto tienen las obras del Señor* <sup>72</sup>.

## ACTIVIDADES CONVENTUALES

Además de cocinar, cuidar gallinas, lavar y barrer, era hilandera. Este era el único trabajo mujeril que sabía hacer, pues nunca le enseñaron a coser ni a la labor. De hilandera ejerció en Navalcán, y este será la labor que va a seguir haciendo en el convento, durante los ratos que se dedican a las labores manuales las religiosas.

Nos dice: *Estando un día hilando en mi casa, me dio mi divino amante un favor diciéndome: ¡Ay la mi hilandera! Yo la estimé en mucho, pero no supe por qué me lo había llamado. Después de muchos años de Religión, estando un día en la recreación con las Madres, y estando hilando también, que es la labor que yo uso, me lo trajo a la memoria... ¿Sabes por qué te llame hilandera? Porque eres casera, entendí que el decir casera, era decir, eres para mucho, que estas dentro de tu casa; enseñóme que el estar hilando y atrayendo la mazorca era lo mismo que pasaba en el alma, atrayendo a si los buenos pensamientos* <sup>73</sup>.

También era hortelana y nos dice el padre del Castillo: *Además de la asistencia a la cocina, fue algunos tiempos hortelana, y hallándose con necesidad, por la esterilidad del temporal, no teniendo verduras que dar, pidió a nuestro señor que echase su bendición a lo que había sembrado, y luego a otro día hallaba criadas la plantas con que asistía a la Comunidad, y esto sucedía de la noche a la mañana* <sup>74</sup>.

Y ella misma refiere: *Como he sido hortelana de un día a otro se me crían las plantas y más cuando las caía el riego del cielo, era para solo alabar a Dios, que lo estaba criando y todo se venía junto que no sabía a cuál había de echar mano* <sup>75</sup>.

---

<sup>72</sup> Ib. p. 205.

<sup>73</sup> A 1675, p. 89.

<sup>74</sup> A 1675, p. 425.

<sup>75</sup> Ib. p. 256.

## SU MUERTE

El padre Castillo refiere que en el mes de diciembre de 1647 le dio a Isabel un pasmo. Parecía otra persona de la que había sido y todas las religiosas la desconocían. Unas la juzgaban falta de juicio, otras dudaban de su virtud y también los confesores vacilaban en su juicio. Si Dios no la hubiera fortalecido, hubiera perdido el aliento vital. Llamaron al médico y casi siempre la encontraba sin calentura y él se quejaba de venir en vano. En los 8 meses de enfermedad, fueron muchos los trabajos que Dios le dio en dolores, hinchazones y estar como tullida sin poder mover más que la cabeza con dificultad y lo mismo las manos. En este tiempo murieron tres religiosas. Le encargaron que la asistiese a una religiosa de poco tiempo de profesión y le hizo muchas faltas. Los más de los días y, siendo tan grande la sed que tenía, se olvidaba de llevarle un poco de agua y le daba agua de fregar, que estaba en un caldero en la lumbre. Al reñirle, respondió que así lo pedía la venerable Madre.

Su sobrina, Isabel de la Madre de Dios, tenía otras ocupaciones. Al morir la Priora Isabel de Jesús María, fue elegida sor Inés del Santísimo Sacramento, la amanuense, y como la quería mucho puso todo su empeño en que fuera bien tratada. Quiso poner para asistirla a su sobrina, pero la Venerable le dijo que no podría, porque presto le daría una grave enfermedad, como así fue.

Su mayor pena interior fue que en alguna ocasión por el pasmo le quitaron la sagrada comunión y se quejó de ello, pidiéndola con instancia. Por espacio de un mes estuvo muy apremiada de dolores, fatigas y sequedades espirituales. Quince días antes de su muerte, le quitó el Señor los dolores y recibió la comunión. Pasó ese tiempo en silencio y oración. Los últimos 10 días estuvo como yerta, teniendo un pie sobre otro en forma crucificada sin podérselos apartar las religiosas y, si le tocaban los pies, sentía intensísimo dolor.

El 9 de junio de 1648 a las 9 p.m. expiró a los 62 años de edad. Tenía los pies uno sobre otro y las manos externas en forma de cruz. Su rostro quedó como nieve. Todas la vieron risueña y alegre, todo el cuerpo quedó tan tratable como si estuviera viva. Lo llevaron al coro esa noche. No avisaron a nadie de su muerte, pero al otro día vino muchísima gente de la villa y de la comarca y pedían todos reliquias y quedó para todos con opinión de santa.

Su sobrina, Isabel de la Madre de Dios, la vio después de su muerte hermosísima y acompañada de la Madre de Dios <sup>76</sup>. Otra cosa admirable fue que inmediatamente después de su muerte la llevaron al coro y pasaron todas la noche en oración. En la mañana observaron que tenía el cuerpo yerto y frío, pero

---

<sup>76</sup> p. 367.

el rostro encendido y el pecho con grandísimo calor y con las palpitations del corazón.

Siete años después de su muerte, trasladaron sus restos al coro alto, porque el lugar donde había sido enterrado era muy húmedo. Pusieron sus restos al sol para secarse y se extendió por todo el convento una grandísima fragancia que duró mucho tiempo <sup>77</sup>. Cuando sacaron los restos de la Madre Isabel a secar al sol, había mucha sequía y se perdían las mieses, las frutas, los ganados. Su sobrina, sor Isabel de la Madre de Dios, tomó su calavera en las manos y la mostró al cielo, suplicando al Señor que por los méritos de su tía socorriese en aquella necesidad y ese día a las 5 p.m. cayó tan copiosa lluvia que todo se remedió <sup>78</sup>. Varias religiosas en caso de enfermedades iban a su sepulcro y le pedían la salud y Dios se lo concedía por su intercesión.

Bartolomé Camacho, sobrino de la venerable, iba a Castilla la Nueva por trigo y en el Puerto del Pico le quisieron robar unos ladrones. Invocó a su tía y, aunque le dispararon con una carabina, no le hizo daño, aunque le quemó algo la ropa. Él se resistió y huyeron al ver venir gente <sup>79</sup>.

Una de las profecías de la Madre Isabel de Jesús fue la fundación del convento de Serradilla y que su sobrina Isabel de la Madre de Dios iba a ser la fundadora como así fue. Precisamente esta su sobrina declaró: Después de muerta mi tía, se me encogieron los nervios debajo de la rodilla y luego que me pusieron sobre la tumba de mi santa tía, quedé sana.

La fundación de las agustinas recoletas de Arenas se abandonó y las religiosas se retiraron al convento del Colmenar de Oreja (Madrid).

El año 2001 se reinició el proceso de canonización promovido por la comunidad de religiosas agustinas recoletas de Serradilla (Cáceres), cuya fundación predijo esta sierva de Dios. Se celebró la solemne apertura de la fase diocesana el 2 de julio de 2011, presidida por el señor obispo de Plasencia. La clausura del Proceso diocesano fue el 4 de mayo de 2013.

## CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de la Madre Isabel de Jesús, cuyo proceso de canonización está en marcha, podemos decir que fue una gran mística, ya que tuvo muchas manifestaciones extraordinarias y sobrenaturales de parte de Dios.

---

<sup>77</sup> p. 364.

<sup>78</sup> p. 365.

<sup>79</sup> p. 367.

Ella desde niña, siendo una humilde pastorcita se dedicó a la oración y soportaba con fortaleza tantos sufrimientos de su oficio, pues sufría al ver a los lobos, sufría por el gran calor del verano y el frío del invierno, estando muchas veces sin ropa adecuada e incluso descalza, porque eran pobres. Después llevó una vida de sufrimiento con su esposo, que, a pesar de ser bueno, le llevaba muchos años y ella se casó casi por obligación por insistencia de su madre, teniendo 14 años y siendo él viejo y sin dientes. Sufrió a lo largo de su vida el que la consideraran endemoniada, loca, santurrona, aparte del asedio de muchos hombres, especialmente cuando se quedó viuda.

Quiso entrar en el convento de Arenas de las agustinas recoletas, pero ellas recibieron mal informe y tuvo que esperar tres años hasta que la recibieron. Después en el convento, donde entró con 42 años, como hermana lega de velo blanco, tenía que hacer los oficios más humildes y atender a todas las demás. Pero, siendo tan sencilla y humilde, pues no sabía ni leer ni escribir, amaba mucho al Señor, que se le manifestaba en ocasiones con sucesos sobrenaturales. Por eso en el convento era apreciada por sus compañeras y tuvo diversos carismas como el don de sanación y el de conocimiento sobrenatural del interior de las personas. Incluso Dios a veces le hacía sentir mucho amor por los pecadores y rezaba por ellos. El mismo Señor le hizo ver el infierno y permitía que los demonios la hicieran sufrir con apariciones espantosas e incluso con tormentos, intentando hacerla desistir de su oración contemplativa o de la comunión diaria. Incluso Dios permitió que tuviera diversas enfermedades con fiebres continuas y otros achaques que ella ofrecía con amor a Jesús por la conversión de los pecadores.

Otro de sus grandes sufrimientos fue la muerte de sus tres hijos, especialmente el tercero, cuando ya tenía tres años y empezaba a hablar. Pero todo eso Dios lo permitió para fortalecerla en el espíritu de cara al alto grado de santidad a que pensaba elevarla.

Nosotros por nuestra parte aprendamos de ella la humildad, el espíritu de oración y de sacrificio, sabiendo que sin oración y sacrificio no podemos llegar muy adelante en el camino de Dios.

Que Dios los bendiga por medio de María. Que sean santos, este es mi mejor deseo para cada uno. Y no olviden que tienen un ángel a su lado que Dios ha puesto desde el principio de su existencia para que los ayude en su caminar para que lo invoquen y así los pueda ayudar a superar las tentaciones y a crecer en el amor a Dios y al prójimo.

Su hermano y amigo para siempre.  
P. Ángel Peña O.A.R.

